

SUNDAR SINGH

**ENSEÑANZAS
DEL
MAESTRO**



**Penetrante y fácil de leer. Una inspirada
obra maestra del pensamiento religioso**



ENSEÑANZAS DEL MAESTRO

SUNDAR SINGH

COMPARTA ESTE LIBRO ELECTRÓNICO CON sus amigos. Envíelo por e-mail o haga una impresión parcial o completa, pero rogamos no introducir modificación alguna. En el caso de que deseara obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o periódico, tenga a bien de atenerse a las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia: “Copyright 2007 por Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Farmington, PA 15437 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK (www.ploughbooks.co.uk)

*Copyright © 2007 by Plough Publishing House
Farmington, PA 15437 USA*

All Rights Reserved

ÍNDICE

AL LECTOR VII

I. ESCENAS IX

LOS PÁJAROS HAMBRIENTOS I

D H A R M A • devoción 3

CINCO HOMBRES SANTOS 7

MAYA • ilusión 11

EL SANTO 15

SANTI • paz 18

EL SABIO 21

JNANA • conocimiento 23

II. CONVERSACIONES 28

EL PEREGRINO 29

DARSHANA • la divina presencia 33

AVATARA • encarnación 41

LOS ENAMORADOS 46

KARMA • esclavitud 52

MOKSA • liberación 58

EL PRÍNCIPE Y EL LADRÓN 62

DYVA VILEENAM • la unidad con Dios 67

DHYANAM • contemplación 78

TRES BUSCADORES 83

SEVA • servicio 85

TAPAS • sufrimiento 95

EL REY Y EL GRANJERO	103	
AMRITA • eternidad	109	
ADVERTENCIA A LOS OCCIDENTALES		115
BUSCADOR Y MAESTRO	121	
<i>ORÍGENES Y CONTEXTO</i>	<i>126</i>	
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	<i>132</i>	

*No busques comprender aquello que
crees sino creer aquello que
comprendes.*

SAN AGUSTÍN

AL LECTOR

Como un sol grande y rojo apareciendo en la llanura del Punjabi, la solitaria silueta de un sadhu —un hombre santo para los hindúes— se recortaba caminando cansinamente a lo largo de la polvorienta carretera. Desde otra perspectiva, la figura del sadhu aparecía esforzándose por alcanzar una lejana aldea tibetana encaramada en lo alto de una angosta senda, hollada más por cabras que por seres humanos. Y, aún desde otra perspectiva, el hombre aparecía llegando al atardecer a un antiguo mercado y pasando entre la gente para buscar un sitio donde sentarse y descansar. Allá donde aparecía el sadhu, aquellos que le miraban a los ojos captaban al instante su extraordinaria paz y humildad. Descubrían a un místico...

Cuando Sundar Singh aparecía en una escena semejante, una y otra vez —sin previo anuncio, sin introducción, sin credenciales—, era igual a como aparece en este libro. «Escenas», la primera parte, recoge impresiones clave de algunos acontecimientos de su vida. Estas escenas se basan tanto en las notas del propio Sundar Singh como en textos de escritores que le conocieron. «Conversaciones», la segunda parte del libro, contiene diálogos extraídos libremente de los seis libros de Sundar Singh o de diversas entrevistas y artículos. En ambas partes se intercalan parábolas que ilustran los temas. Pese a que la estructura del libro resulte inusual, el resultado de este «collage» nos permite conocer al sadhu tal como sus contemporáneos lo hicieron: no como un pensador sistemático sino como un maestro personalísimo.

Tanto en sus enseñanzas como en su vida, Sundar Singh da escasos puntos de referencia para una orientación racional, pues desafía la categorización y el análisis crítico. Contrariamente, sin embargo, el impacto de su mensaje es siempre directo e inmediato. Su voz suena con una claridad que se alza desde las más profundas, desde las más cristalinas fuentes de la vida misma.

K I M C O M E R

I. ESCENAS

LOS PÁJAROS HAMBRIENTOS

Una vez vagaba por las montañas y, pasando por un afloramiento de rocas, me senté en la más alta con la intención de descansar y contemplar el valle, pero lo primero que vi fue un nido en la rama de un árbol. El nido estaba lleno de pajarillos jóvenes que piaban ruidosamente. Vi luego cómo la mamá pájaro regresaba trayendo comida en el pico para los pequeños. Cuando oyeron el batir de sus alas y presintieron su cercana presencia, piaron más fuerte aún y abrieron sus picos vacíos. Luego, después de alimentar a sus hijuelos, la madre alzó de nuevo el vuelo y los pequeños permanecieron en silencio. Como estaban tranquilos, me encaramé un poco para observarlos más de cerca y vi que, incubados aún, los pajarillos todavía no habían abierto los ojos. Sin poder ver aún a su madre, eran capaces, sin embargo, de abrir los picos y exigir su alimento al notar que su madre se acercaba.

Aquellos escuálidos pajarillos no decían: «No abriremos el pico hasta que podamos ver a nuestra madre claramente y veamos así qué clase de alimento nos ofrece. Tal vez no sea nuestra madre sino un peligroso enemigo. ¿Y quién puede saber si la comida que nos da es buena o si es un veneno?» Si los pajarillos hubieran razonado así, nunca habrían descubierto la verdad. Antes de que fueran lo bastante fuertes para abrir los ojos, empero, el hambre les hacía percibir la noción de muerte. De lo que no podían dudar, obviamente, era

de la presencia y del amor de su madre. Animados por esta certeza, dentro de unos pocos días abrirían sus ojos y se regocijarían viendo a su madre con ellos. Día tras día, crecerían, se harían más fuertes, su figura comenzaría a parecerse a la de su madre y pronto serían capaces de volar libremente por el cielo.

A menudo los seres humanos piensan de sí mismos que son los seres más importantes de la creación, ¿pero hacen algo para aprender de unos humildes pájaros? Con frecuencia nos interrogamos sobre la realidad y la amorosa naturaleza de Dios. Tal vez la duda nos acosa, pero el Maestro dijo: «Bienaventurados los que no han visto y sin embargo creen». Siempre que abrimos nuestros corazones a Dios, recibimos un alimento espiritual y crecemos más y más en la semejanza de Dios hasta que alcanzamos la madurez espiritual. Y una vez abrimos nuestros ojos espirituales y vemos la presencia de Dios, encontramos la indescriptible e interminable gloria.

D H A R M A • DEVOCIÓN

LA LUZ DE LA VELA parpadeaba sobre las roídas páginas y los caracteres sánscritos, y, danzando rítmicamente, parecían graciosas doncellas entonando antiguos himnos. Paralizado, el niño seguía el movimiento de las letras y su alma cantaba al unísono con ellas.

Masa de luz radiante, toda encendida,
te veo, encrespada, en cada lado.
Gloria de sol y fuego llameante, desmesurada,
tu poder no tiene principio, ni mitad, ni fin.
Infinitos brazos cuyos ojos son la luna y el sol,
te veo con tu rostro de fuego llameante
inflamando al universo entero con tu irradiación.

Suavemente, otra voz se incorporaba a la canción. Voz amable, querida voz, que le llamaba, «Sundar», sacándole del canto, apartándole de la danza. Lentamente, el niño cerró sus ojos interiores y miró la cara de su madre, iluminada por la vela. «Ven, Sundar. Ya pasa de medianoche y pronto será la hora de levantarse. Tienes sólo ocho años, hijo mío. Debes descansar.»

Obediente, reverentemente, dejó el libro santo en su sitio y buscó su esterilla. La vela lanzó un último parpadeo y se apagó. Años más tarde, recordaba la escena:

Pese a que mi familia era sikh, sentíamos una gran reverencia por las escrituras hindúes. Mi madre era un vivo ejemplo del amor de Dios y seguía devotamente las enseñanzas del hinduismo. Cada día se despertaba antes del alba, se preparaba el agua fría del baño ritual y leía algunas páginas del *Bhagavad Gita* o de otros textos sagrados. Su vida pura y su gran devoción me influenciaron más profundamente que a los demás miembros de la familia. De entre mis más tempranos recuerdos destaca la regla que mi madre me impuso sobre todas las otras: cuando me despertaba, mi primer deber era orar a Dios para agradecer su alimento espiritual y sus bendiciones. Sólo después de rezar podía romper el ayuno de la noche. A veces protestaba por esta regla e insistía en que bien podía desayunar antes de rezar, pero mi madre nunca

cedió. En general con palabras persuasivas, pero cuando era necesario con energía, marcó con esta regla una impronta profunda en mi alma: primero buscar a Dios y luego ocuparse de las demás cosas.

En aquel tiempo yo era demasiado joven para comprender el verdadero valor de esta educación y me resistía. Más tarde, sin embargo, no pude sino apreciar su ejemplo. Siempre que pienso en su amorosa guía, no puedo sino dar gracias a Dios por la madre que me dio. Plantó en mí y tendió en mi temprana vida un profundo amor y temor de Dios. Mi madre llevó consigo una gran luz y su corazón fue la mejor enseñanza que pudiera darme. «Tú no debes ser descuidado ni mundano», me decía. «Busca la paz del alma y ama siempre a Dios. Algún día deberás dar todo lo que hayas encontrado y para ello debes seguir el camino del sadhu.»



CON OJOS SUPLICANTES, el niño miró a su padre:

¡Por favor, papá, ayúdala! Ella ya es vieja y el tiempo se torna frío. Yo gasto todas mis monedas para comprarle alimentos, pero no tengo bastante para una manta. Por favor, dame dinero para comprarle una manta.

Sardar Sher Singh replicó:

¡Escucha, Sundar! Durante años le he dado a esta viuda toda clase de ayuda. Pero no somos responsables de ella. Las demás personas de la ciudad también deben ayudarla. Todos ellos deben aprender qué es la caridad. Y tú no puedes sentirte siempre responsable de todos. Los demás deben aprender a cumplir su parte. Y ahora deja de preocuparte por la viuda. Tú ya has hecho bastante por ella.

Alicaído, la muerte en el alma, el chico dio media vuelta.

¿No decía siempre su madre que debemos mostrar compasión y piedad? ¿Es que su padre no tenía corazón? ¿Y si nadie la ayudaba? Podía helarse durante la noche. ¿Qué puedo hacer yo si eso ocurre? Quizá... ¡No, no puedo! Aún sería peor. Padre guarda unas pocas rupias. Sería por una buena causa, y yo

no robaría por provecho propio...

Sundar estaba equivocado. Y a su padre no se le pasó por alto. Aquella noche, Sardar Sher Singh reunió a todos los de la casa y les anunció que había perdido cinco rupias. «¿Nadie ha cogido unas monedas de mi bolsa?», preguntó, amable pero firmemente. Cada cual respondió a su vez. Sundar respondió con voz queda: «No, padre, yo no las he cogido.» El día terminó sombrío y sin que el asunto de las monedas se resolviera.

Sundar durmió a trompicones, toda la noche dando vueltas y cabezadas. En sus sueños veía la cara severa de su padre y oía su voz, llena de desilusión: «¿Cómo me has podido robar a mí, a tu padre? E incluso ahora, cuando te he pedido que me digas la verdad, sigues mintiéndome.» Sundar sabía que esto no era *dharma*, devoción. Esto era *adharma*, pecado.

La maldad. Los libros santos hablan de *karma*, es decir, del implacable ciclo de pecado y muerte por cuya ley todos los actos pecaminosos cargan el alma y le acarrearán dolorosas consecuencias. Los libros santos nos advierten que cosechamos aquello que hemos sembrado, tanto en esta vida como en la próxima. ¿Cómo puedo yo escapar de este karma? ¿Cómo puedo deshacer lo que he hecho? ¿Cómo puedo tener compasión de los otros cuando la necesitan si mi propia alma está cargada de culpa?

Sardar Sher Singh escuchó una voz asustada, apenas audible:

¡Padre! ¡Despiértate, padre! Ha sucedido algo terrible. He sido yo, padre. Robé tu dinero para comprarle una manta a la viuda. Perdóname, padre. Yo quiero librarme del karma. Estoy dispuesto a aceptar el castigo. Estoy preparado para aceptar la penitencia que me corresponda por este pecado.

Ya despierto, Sardar Sher Singh vio la angustia reflejada en el rostro del niño y advirtió que dicha angustia duraba desde hacía largas horas. Cogió al niño con ambas manos, no para castigarle, sino para estrecharlo entre sus fuertes brazos. En su mirada no había enfado sino amor. Y con voz cariñosa le dijo: «Siempre he confiado en ti, hijo mío, y ahora tengo la prueba cierta de que mi confianza nunca estuvo injustificada. Duerme tranquilo ahora, pues has

mostrado coraje al elegir lo que está bien. Y, de esta forma, has hecho que el mal se convierta en bien. Yo también debo justificarme contigo, pues te negué el dinero que necesitabas para la viuda. Pero ahora, si me la formulas, no rehusaré tu petición.»

CINCO HOMBRES SANTOS

Una vez, en Haridwar, encontré a un sadhu yaciendo en un jergón de púas. Me acerqué y le pregunté: «¿Con qué fin te hieres y torturas a ti mismo?» Él me respondió:

Tú también eres un sadhu. ¿No sabes por qué lo hago? Es mi penitencia. Laceró la carne y sus deseos. Sirvo a Dios de esta manera, pero todavía siento demasiado claramente el dolor de mis pecados y la maldad de mis deseos. Realmente el dolor de mis pecados y deseos es mucho peor que el de estas púas. Mi propósito es matar todo deseo para al fin liberarme de mí mismo y armonizarme con Dios. He estado llevando esta disciplina durante dieciocho meses, pero todavía no he alcanzado mi meta. En verdad no es posible hallar la liberación en tan poco tiempo. Ello me llevará muchos años, incluso varias vidas, antes de que pueda alcanzar la liberación.

Consideré la vida de aquel hombre. ¿Debemos torturarnos a nosotros mismos a través de varias vidas para conseguir hallar la verdadera paz? Si no conseguimos nuestro objetivo en esta vida, ¿por qué debemos intentarlo también en otra vida? ¿E incluso en millares y millares de vidas? ¿Podemos encontrar la paz a través de nuestros propios esfuerzos? Probablemente lo que deberíamos hacer es buscar identificarnos con la vida de Dios, no con la muerte de la carne.

Encontré a otro sadhu haciendo penitencia. Sus pies estaban juntos, atados con una cuerda, y estaba colgado cabeza abajo de la rama de un árbol. Final-

MAYA • ILUSIÓN

LA LUZ DEL SOL, sobre el hábito amarillo del eremita, moteaba sombras selváticas que parecían cambiantes leopardos pintados. El santo ermitaño, un viejo sadhu, estaba sentado con las piernas cruzadas, una sobre una piel de leopardo, la otra sobre su hábito, donde parpadeaban las sombras de la jungla.

A los pies del sadhu se sienta Sundar, un chico que escapa de *maya* —la ilusión—, y siente hambre de conocimientos —*jnana*—. El chico es un devoto. Es un sikh, un devoto entre los devotos, un león entre los leones. Pero está inquieto.

Los sacerdotes sikh le habían transmitido todos sus conocimientos, pero él no estaba satisfecho. Podía recitar completo y de memoria el *Guru Granth Sahib*, el libro Sagrado de los sikh, pero ello no le aliviaba su sed de saber. Podía recitar los *Upanishads*, los *Darsanas*, el *Bhagavad Gita* y los *Shastaras* de los hindúes. Podía recitar también el *Qur'an* y el *Hadis* del Islam, que sabía igualmente de memoria. Su madre era temerosa de Dios y veía en él a un peregrino; veía en él madera de sadhu. Su padre en cambio estaba preocupado por él y un día le preguntó: «¿Por qué te atormentas planteándote cuestiones religiosas? Te estropearás el cerebro y te arruinarás la visión?» El chico, a su vez, respondió: «Yo tengo que hacer *santi*. Tengo que hacer paz.»

Era por estas cuestiones que el chico había ido a visitar al anciano sadhu a la jungla para preguntarle:

Sadhu-ji, tú dices que mi hambre y mi sed son ilusión, trazas de *maya*. Sólo *Brahma* es verdad. *Brahma* es la divina fuente de todas las cosas, dices. *Brahma* es Dios. Tú dices que veré que yo soy parte de *Brahma* y que, una vez yo lo vea, mis necesidades dejarán de preocuparme. Perdóname, sadhu-ji, y no te enfades conmigo, ¿pero qué puedo hacer? Si yo soy *Brahma* o tengo alguna parte de ella, ¿cómo puedo ser engañado por la *maya*? ¿Cómo la ilusión puede tener poder sobre mí? Porque si la ilusión tiene poder sobre la verdad, la verdad es ilusión en sí misma. ¿Es entonces la ilusión más fuerte que la verdad? ¿Es más fuerte maya que la verdad?

EL SANTO

Hace muchos años vivía un santo que después de cumplir sus diarios deberes, se iba a una cueva de la jungla para rezar y meditar durante horas. Un día, un Filósofo: acertó a penetrar en la cueva. Se encontró al santo de rodillas en el suelo y, sorprendido, se detuvo. Retrocedió hasta la entrada y llamó. Pero el santo estaba tan absorto meditando que no respondió. El Filósofo: esperó al menos media hora y cuando ya estaba a punto de retirarse, el santo le llamó y le invitó a sentarse. Ambos permanecieron callados durante unos momentos. Luego, el Filósofo: rompió el silencio.

FILÓSOFO: ¿Sabe usted que esta cueva es conocida como la guarida de los ladrones?

SANTO: Sí, señor. Lo sé muy bien. En esta cueva se reúnen los ladrones, pero también es un refugio para mí. Cuando estoy en la ciudad en medio de tanta gente y deseo orar y meditar, todo son obstáculos e impedimentos que perturban mi adoración y me distraen tanto que hacen que ni yo ni los demás obtengan beneficio de mi ejercicio espiritual. Así que me evado de las distracciones de la ciudad para refugiarme en este apacible lugar para descansar en presencia de mi Dios y rendir culto a la belleza de su santidad. Aquí paso mi tiempo en la plegaria u ofrezco intercesiones por la salvación de los demás. Este ejercicio espiritual no sólo me hace mucho bien a mí, sino también a los otros.

SANTI • PAZ

PIENSO EN EL TIEMPO en que me consideraba a mí mismo como un héroe por haber quemado los Evangelios y sin embargo mi corazón no había hallado la paz. Realmente con aquel hecho mi malestar no había hecho sino aumentar y durante los dos días siguientes me sentí miserable. Al tercer día, cuando ya no podía aguantar más, me levanté a las tres de la madrugada y me puse a rezar pidiendo que si realmente había un Dios, se me revelara. No recibiendo respuesta alguna, decidí que a la mañana siguiente pondría la cabeza sobre la vía del tren para buscar así las respuestas a mis preguntas más allá de esta vida.

Recé y recé esperando que llegara la hora de emprender mi último viaje. Alrededor de las cuatro y media vi algo extraño. Algo resplandecía en la habitación. Primero pensé que la casa se estaba quemando, pero mirando por la puerta y a través de las ventanas, no pude discernir la causa de aquella luz. Luego se me ocurrió una explicación: aquello podía ser una respuesta de Dios. Así que volví a mi lugar y me puse a rezar otra vez sin apartar los ojos de aquel extraño resplandor. Más tarde distinguí una figura en la luz. Una figura extraña y a la vez familiar. No era ni Siva ni Krishna, ni ninguna de las otras encarnaciones hindúes que yo había esperado. Luego oí una voz que me hablaba en Urdu: «Sundar, ¿hasta cuándo seguirás mofándote de mí? He venido a salvarte porque has rezado para encontrar el camino de la verdad. ¿Por qué pues no lo aceptas?» Fijándome más, vi las marcas de sangre en sus manos y pies y supe que era Jesús, el Dios de los cristianos. Asombrado, caí a sus pies. Me sentía lleno de profunda desazón y remordimientos por mis insultos e irreverencias, pero poseído a la vez por una inmensa paz. Éste era el gozo que yo había estado buscando. Estaba en el cielo. Luego la visión desapareció pero conservé la paz y el gozo.

Cuando me levanté fui inmediatamente a despertar a mi padre para decirle qué había experimentado, para contarle que desde ese instante yo era un nuevo seguidor de Jesús. Él me dijo que me volviera a la cama. «¿Por qué hace solamente tres días quemaste el libro santo cristiano y ahora dices que eres uno de ellos? Ve a la cama y duerme, hijo mío. Estás cansado y confuso. Por la mañana te sentirás mejor.»

Sardar Sher Singh intentó ser paciente y comprender. Sabía que el chico to-

EL SABIO

Después de su muerte, el alma de un sabio alemán entró en el mundo de los espíritus. Desde la distancia contempló la indescriptible gloria de los cielos y el gozo inacabable de aquellos que moraban allí. Estaba abrumado por lo que veía, pero su intelecto y su escepticismo le mantenían bloqueada la entrada en el reino de la dicha. Así que comenzó a discutir consigo mismo:

No hay duda de que veo todo esto, ¿pero cómo puedo estar seguro de si es real o se trata sólo de una ilusión del subconsciente? Si aplico los tests críticos de la ciencia, de la lógica y de la filosofía, determinaré si este aparente cielo realmente existe.

Ahora los ángeles que pueblan el cielo conocen sus pensamientos y se le acercan. Uno de los ángeles se dirige al sabio:

Tu intelecto ha retorcido todo tu ser. Si deseas ver el mundo del espíritu, debes mirarlo con ojos espirituales. Debes ampliar tu percepción espiritual, no el racional ejercicio de la lógica. Tu ciencia debe operar con material real. En el mundo espiritual, en cambio, sólo puedes aplicar la sabiduría que emana del amor y de la reverencia. Es una lástima que no albergues en tu corazón las palabras del Maestro: «A menos que tú cambies completamente y te vuelvas como un niño, no entrarás en el reino de los cielos.»

Tú no puedes ver la verdad espiritual con nitidez si previamente no has sido capaz de ver el cielo desde lejos, como has hecho ahora. Pero hasta que

JNANA • CONOCIMIENTO

ARROJADO FUERA DE LA CASA de mi padre, pensé en el consejo de mis antiguos maestros en la escuela de la misión. Ellos proveyeron mis necesidades materiales y dispusieron todo para que yo pudiese ingresar en la escuela de los «Christian Boy's Boarding» de Ludhiana. Allí me recibieron muy amablemente y me dispensaron toda clase de protección en mi nueva etapa. Pero yo estaba asombrado viendo la impiedad tanto de algunos estudiantes como de los propios cristianos del lugar. Yo creía que los cristianos pretendían vivir como ángeles y en esto estaba lamentablemente equivocado.

Un tigre recién capturado ronda al acecho sin descanso, mientras que un tigre que lleva largo tiempo enjaulado se acostumbra y perezosamente espera que le sirvan la siguiente comida. Los pensamientos de Sundar escapaban de los confortables confines de la amabilidad de los misioneros. Lo tenía todo a su alcance: una buena educación y una posición en el establecimiento colonial. Le daban todo si aceptaba la vida acogedora de un buen chico cristiano. Cuando cumplió dieciséis años, desapareció en la jungla. Reapareció treinta y tres días después vestido con el hábito azafranado de los monjes mendicantes. No se había convertido en león sino en tigre. Un tigre que buscaba las espinosas huellas de la jungla. Su peregrinaje había empezado.

•

SENTADOS CON LAS PIERNAS CRUZADAS, dos sadhus conversan. Uno de ellos es viejo, muy viejo, y parece el retrato de la sabiduría con su barba grisácea y su hábito color azafrán. El otro, Sundar, es joven y fuerte, con apenas una leve pelusilla en la barbilla. El mayor es un tranquilo eremita de Varansi, allá donde las aguas marrones del Ganges fluyen lenta y eternamente, inmutable río que desde los tiempos más remotos masas de peregrinos aprovechan para el baño purificador. El joven es un vagabundo que busca la fuente, recorriendo las montañas donde el río sagrado danza y brinca impetuosamente, formando imprevisibles torrentes.

II. CONVERSACIONES

EL PEREGRINO

Hay una profunda y natural ansia en el corazón humano que nada, excepto Dios, puede satisfacer. Nuestra existencia en el mundo es un examen, una preparación para un estado más hondo de comunión espiritual. Muchos de nosotros, suprimiendo nuestra profundización y distanciándonos de Dios, buscamos sólo satisfacción en este mundo. Semejante elección solamente puede llevarnos a la desesperación.

Se cuenta la historia de un hombre que se marcó el objetivo de encontrar la paz y satisfacer todos sus deseos. Pensó que si vagaba por el mundo tendría la seguridad de encontrar un lugar donde podría vivir una vida de paz y reposar sin necesidad de trabajar ni de sufrir dolor. Después de haber preparado todo minuciosamente, emprendió su viaje. Durante meses vagabundé de lugar en lugar sin encontrar aquello que buscaba. Un día vio a un anciano sentado en el borde de una tumba. El viajero se acercó y le preguntó al anciano qué tumba era aquella. El anciano le contó una notable historia:

Dos leñadores de mi pueblo fueron a un bosque cercano para cortar leña. Casualmente, yo seguía el mismo camino. Al verlos, les saludé desde lejos. Estaban sentados junto a unos arbustos y no me vieron. Así que me acerqué y cuando estuve cerca me vieron y se apresuraron a tapan algo con un paño. Les pregunté qué había bajo el paño y, primero, hicieron oídos sordos a mi pregunta y mantuvieron su secreto. Pregunté de nuevo y finalmente se deci-

DARSHANA • LA DIVINA PRESENCIA

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, yo me esfuerzo en hallar la paz interior, pero las muchas religiones y filosofías que he estudiado, sólo me plantean dudas y preguntas. Todavía no tengo la seguridad de que Dios exista. ¿Puede usted ayudarme a encontrar la verdad espiritual?

SADHU: Solamente el loco dice en su corazón «No hay Dios.» Expresado así, éste pensamiento no dice nada respecto a la existencia o a la no existencia de Dios. De ahí que sólo el escéptico, con su ceguera y su torpeza, no reconozca a Dios. Ciertamente que los ateos niegan absolutamente la existencia de Dios, pero con sus afirmaciones no pueden probar que Dios no exista. Incluso si asumimos el caso de que su argumentación sea correcta, sólo podríamos establecer su ignorancia, no la causa de la verdad. Y, además, ¿para qué perder el tiempo tratando de probar la no existencia de algo que de entrada se da por sentado que no existe? Mejor sería emplear el tiempo en cuestiones más valiosas. Y si Dios existe, como toda alma iluminada sabe en su espíritu, todavía sería una locura mayor intentar probar su no existencia. Aunque muchos arguyan que creer en Dios es una dañina superstición que debería ser eliminada en aras del progreso, el caso es el contrario. Incontables espíritus han enriquecido las vidas de aquellos que creen.

A diferencia de los ateos, los agnósticos no creen ni en la existencia ni en la no existencia de Dios. Pregonan que los hombres no podemos saber si Dios existe. Pero caen en un error. Los hombres poseemos una innata nostalgia en nuestros corazones por conocer a Dios, y cada raza, en cada era, ha mostrado de una forma u otra su profunda ansia de Dios. ¿Es Dios una simple invención humana, como dijo un antiguo filósofo? Argumentó lo siguiente: «En la primigenia edad del hombre, cuando el mundo sólo era desorden y violencia, como siempre, las leyes sólo podían castigar crímenes cometidos a la luz del día, pero no podían castigar aquellos otros crímenes cometidos en secreto y que estaban ocultos en las sombrías profundidades de las conciencias. Así que

AVATARA • ENCARNACIÓN

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, yo veo que vives en una profunda paz interior y, por mi parte, veo cuán difícil de encontrar es esa paz. ¿Podemos nosotros, pobres mortales, mantener la esperanza de experimentar la verdadera unidad con Dios?

SADHU: Todos tenemos el deseo natural, innato, de contemplar a Dios. Pero Dios es infinito e incognoscible. Nadie puede ver a Dios sin ser de la misma infinita naturaleza que Dios. Nosotros somos finitos y por tanto no podemos ver a Dios. Pero Dios es amor. Y es también la fuente de nuestra ansia por conocerle y amarle. Fuera de este amor Dios adquiere una forma que resulta comprensible para nosotros, seres mortales. A través de este acto de amor nosotros podemos compartir ahora la alegría de los ángeles de ver y conocer a Dios directamente. De ahí que el Maestro dijera: «Aquel que me haya visto, ha visto al Padre».

Dios conoce bien el estado interior de cada ser humano y se revela a sus corazones según la necesidad de cada cual. No hay mejor vía para entrar en la verdad espiritual de la vida que mediante el encuentro con Dios directamente. Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros para demostrar a los hombres que no podemos sentir miedo de Él ni percibirle como algo terrible y extraño, sino que en lugar de ello debemos ver que Dios es amor.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Yo comprendo que la infinitud de Dios es incomprendible para nosotros los mortales. Y puedo también comprender que el poder, o el espíritu de Dios, se mueve a nuestro alrededor. ¿Pero cómo puede este Dios ser también un hombre? Parece imposible.

SADHU: El Dios Altísimo, el Dios Encarnado y el Dios Espíritu, son uno mismo. En el verano, el calor y la luz son una misma cosa. Pero el calor no es la luz ni la luz es el calor. Así nos ocurre con Dios. El Maestro y el Espíritu, ambos, proceden del Padre, quien trajo la luz y el calor a este mundo. Dios

LOS ENAMORADOS

Dios es amor. Con amor, Dios creó a los seres humanos a su imagen y semejanza, para que amaran al creador con su corazón y su alma, para que se regocijaran en su amor infinito y se amaran los unos a los otros. Pero, a causa del pecado, amamos las cosas creadas. Hemos olvidado el primigenio amor de Dios, el único amor genuino. Pero a veces ocurre que nuestro distorsionado amor humano nos devuelve al amor divino.

Se cuenta que una vez un joven que pertenecía a una respetable familia, después de haber terminado sus estudios y demás deberes, emprendía cada tarde un paseo por la jungla. Sus padres le amaban mucho por su buen carácter, su amable disposición, sus ordenados hábitos y su obediencia. El muchacho era el orgullo de la familia. Un día se adentró más de lo usual dentro de la jungla. Temiendo que la oscuridad cayese sobre él, intentó desesperadamente encontrar el camino de vuelta. Y justo cuando acababa de alcanzar la carretera, le atacó un animal salvaje y le hirió. Con sus últimas fuerzas, se libró de la fiera y gritó pidiendo auxilio. Luego, perdió el conocimiento a causa del susto y el agotamiento.

A cierta distancia de allí, una joven estaba recogiendo leña. Cuando el horrible grito del chico llegó a sus oídos, primero se asustó, pero luego se armó de valor y fue a ver quién había gritado tan desesperadamente. Encontró al

KARMA • ESCLAVITUD

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, usted dice que es nuestra pecaminosa condición la que ha roto nuestra identidad espiritual con Dios. ¿Por qué permite Dios que semejante mal penetre en el mundo?

SADHU: Nada puede ser creado fuera de Dios porque Dios es el autor de todo. Dios es bueno y no ha creado nada dañino o perjudicial, ya que ello sería contrario a su naturaleza. El mal no crea, pero corrompe y pervierte aquello que Dios ha creado. El pecado no forma parte de la creación divina. El pecado no tiene vida independiente. El pecado es el ilusorio y destructivo estado de aquellos que abandonan la verdad y, en la irreverencia, sólo buscan satisfacer sus propios deseos egoístas. Podemos pensar que obtendremos la felicidad abandonando los designios de Dios y siguiendo nuestros propios caprichos y pasiones, pero el resultado que conseguimos no es la verdadera felicidad.

Pensemos en la luz y en la oscuridad. La oscuridad es la ausencia de luz. Lo mismo ocurre con el pecado, pues el pecado es la ausencia de aquello que es bueno y verdadero. El mal es terrible porque impulsa a la gente hacia su propia destrucción, al igual que lo haría un navío estrellándose contra las rocas privado de la luz del faro que lo guiara. Por esta razón el Maestro es la luz hecha Dios Encarnado. Todos aquellos que vean y sigan su luz cruzaran los escollos del mundo y alcanzarán el cielo de los benditos, donde la oscuridad no existe.

EL HOMBRE QUE BUSCA: Pero si Dios es Todopoderoso, ¿por qué no crea seres humanos que no caigan en el oscuro estado del pecado?

SADHU: El pecado surge porque los hombres violan deliberadamente las órdenes de Dios. Desde luego, Dios pudo haberlo prevenido creando seres humanos diferentes. En tal caso, hubiésemos sido obedientes máquinas o muñecos, incapaces de experimentar la bendición que sólo puede alcanzar aquél que obra libremente eligiendo el bien. Adán y Eva vivieron en la gloria sin

MOKSA • LIBERACIÓN

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, dice usted que son nuestros pecados los que nos han apartado de Dios, cuando nuestro destino es vivir en unidad con Él. ¿Cómo podemos superar tal separación?

SADHU: En primer lugar, debemos ver que nos hemos mancillado a través de nuestra pecaminosa condición. Podemos intentar cubrir el pecado con buenas obras, pero nuestras buenas obras son como harapos a menos que nuestros corazones sean previamente limpiados. Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido y se sintieron avergonzados de su propia desnudez, intentaron cubrirse con unas hojas de parra. Pero las hojas eran demasiado escasas para cubrirles y por ello Dios les dio pieles para que se pudieran vestir. Nuestros intentos y buenas intenciones no bastan para superar nuestras pecaminosas inclinaciones. Nada nos protegerá excepto las ropas de la virtud que el Maestro nos dio libremente.

Muchos de nosotros hemos aprendido, por amarga experiencia, que nuestros propios esfuerzos y bondades no pueden darnos ni la paz del corazón ni la seguridad de la eterna felicidad. Cuando un joven rico se acercó al Maestro y le preguntó cómo podía conseguir la vida eterna, y le dijo: «¡Buen Maestro!» el Maestro le reprendió, diciendo: «¿Por qué me llamas bueno? Aquí no hay nadie bueno excepto Dios». Este hombre joven había llevado una vida devota según la ley, pero carecía de la verdadera paz del corazón. El Maestro podía ver que el joven deseaba ser bueno y honesto, pero veía también que no acababa de reconocerle como fuente de vida. Cuando el Maestro, en lugar de ofrecerle reglas o mandamientos, le ofreció la oportunidad de dejar todas sus posesiones a los pobres y entrar a formar parte de su compañía, el joven se fue triste e insatisfecho.

Si las buenas obras y la observancia de la religión hubiesen dado al joven la paz espiritual, lo primero que habría hecho sería no haber abandonado al Maestro. No sólo no hizo los esfuerzos morales que hubieran tenido la virtud

EL PRÍNCIPE Y EL LADRÓN

Érase una vez un rey que tenía un hijo. El príncipe era justo y bueno, al igual que su padre. Sin embargo, el príncipe ignoraba todo sobre la condición de su pueblo ya que no sabía cómo vivía la gente ni qué necesitaban, pues él vivía en palacio y rara vez vio a alguien que perteneciera al pueblo llano. Por ello, un día decidió vivir entre las gentes para estudiar su modo de vida y ver qué podría hacer por sus súbditos cuando él fuese rey. Con el permiso de su padre, dejó el palacio real y vivió entre el pueblo como si fuese un comerciante más. Nadie, excepto alguno de sus cortesanos, sabía que él era el príncipe disfrazado. Fue viviendo, pues, y ampliando su conocimiento hasta llegar a comprender los entresijos de sus vidas sociales y privadas, todo lo cual le permitió trazar planes y soluciones para servir mejor a su pueblo.

Como comerciante, tenía que tratar con toda clase de gente y por lo tanto se encontraba con toda suerte de caracteres y personalidades. Se sintió particularmente afligido al ver cómo muchos eran víctimas del engaño y del fraude, del egoísmo y de la crueldad, del robo y de la perversidad, eternas víctimas de aquellos que jamás renuncian al dinero. Con la ayuda de su padre se ofreció secretamente para compensar a las inocentes víctimas de aquellos personajes carentes de escrúpulos. No obstante, seguía apreciando a aquellos que se extraviaban por los caminos del mal y nunca dañó a quienes le engañaron y

DYVA VILEENAM • LA UNIDAD CON DIOS

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, tus enseñanzas prometen la liberación de las ligaduras que nos atan a este mundo. Por favor, dime más cosas sobre esta liberación espiritual.

SADHU: Son muchos los que se admiran ante la ingenuidad humana y su capacidad para captar el poder del relámpago, del viento, de la luz y de todas las otras miradas de fuerzas de la naturaleza. Vencer las pasiones y las seducciones de este mundo y conseguir el dominio de uno mismo, es en verdad un gran logro. Llevando una vida de oración, recibimos de Dios el regalo de morar en el reino de lo espiritual aunque sigamos permaneciendo en este mundo material. Si vivimos en la plegaria, no hay fuerza ni mal ni tentación que pueda vencernos. Permanecemos en segura comunión con Dios sin temor alguno. Si abandonamos el regalo de la plegaria, nos convertimos en una especie de animales domesticados, incapaces de reconocer nuestra propia imperfección, nuestra relación con Dios o nuestra responsabilidad ante nuestro prójimo.

Una vez el Maestro pidió a tres de sus seguidores que le acompañaran a una montaña. Allí experimentaron el reino espiritual con tal intensidad que, durante unos breves momentos, vieron una parte de la divina gloria del Maestro. Estaban tan cautivados por vislumbrar lo divino que desearon consagrar aquel lugar y quedarse allí. ¡Y cuánto más prodigioso será para nosotros, no ya la maravillosa contemplación de un instante, sino entrar plenamente en el reino espiritual y contemplar la eternamente luminosa majestad de Dios!

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Pero no está Dios en todas partes? ¿No podemos sentir la experiencia de Dios si estamos en comunión con la naturaleza y el mundo que nos rodea?

SADHU: El agua y el petróleo vienen de la tierra. Y a pesar de que en algunos aspectos son parecidos, son opuestos en su naturaleza y en su propósito. Uno de ellos extingue el fuego, el otro da combustible al fuego. De modo parecido,

DHYANAM • CONTEMPLACIÓN

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, algunos dicen que para encontrar a Dios debemos cumplir con devoción especial la práctica de la contemplación. ¿Qué significa realmente contemplación?

SADHU: La maravillosa paz y la calma que experimentamos en la plegaria no viene de nuestros propios pensamientos o imaginaciones, sino de la presencia de Dios en nuestras almas. El vapor que se alza de un pequeño estanque no es suficiente para formar grandes nubes de lluvia y empapar la tierra sedienta. Las grandes nubes sólo pueden venir del imponente océano. La paz no puede ser hallada en el subconsciente de nuestras mentes o en nuestra propia concentración, sino solamente en el ilimitado océano que es el amor de Dios.

Dios es amor y nos da de buen grado cuanto necesitamos, tanto respecto a nuestra vida material como respecto a nuestra existencia espiritual. Pero como las bendiciones del Espíritu de Dios nos son graciosamente otorgadas, a menudo las consideramos como concedidas. Si fuéramos capaces de abrir nuestros corazones y los tuviéramos receptivos, podríamos ver a Dios y oír su voz en todo tiempo y en todo lugar. Pero hemos perdido esta conciencia. A través de la plegaria aprendemos a apreciar los dones espirituales, dones que son al menos tan importantes como para la vida lo son el aire y el agua, el calor y la luz. Aquellos que se centran alocadamente en este mundo material, malgastan la bendición espiritual que se les ofrece, mientras que aquellos otros que centran su vida en la plegaria obtienen la verdadera sabiduría.

Los delfines pueden vivir en las aguas más profundas sin peligro porque regularmente ascienden a la superficie para obtener el aire que necesitan. Nosotros, igualmente, debemos alzarnos en la plegaria para entrar en el reino espiritual. La plegaria es respirar en el Espíritu de Dios, dador de vida y de paz, incluso en este mundo.

El niño recién nacido no necesita que le enseñen a tragar, pues instintivamente se vuelve hacia el pecho de su madre para nutrirse. Por su parte,

TRES BUSCADORES

Se cuenta la historia de un hombre cabal que encontró a tres peregrinos en la carretera. El primero, pálido, macilento, se arrastraba temeroso. El hombre prudente le preguntó: «¿Cómo es que se encuentra en tan penoso estado?» Con voz entrecortada, el hombre respondió: «Todo lo que tengo es que me acosa lo que he hecho mal. Temo las consecuencias del mal que he hecho, a sabiendas o no. Estoy asustado porque sufriré el castigo del *naraka*, eso a lo que los hombres llaman infierno». El hombre cabal le habló así: «Es triste y penoso que usted no pueda volver su corazón y sus pensamientos hacia Dios, que es la sola fuente de toda sabiduría. De ahí que viva usted sintiendo continuamente el miedo al infierno. Y si tiene tanto miedo su peregrinaje no es genuino. Trata de ofrecer su peregrinaje como un soborno a Dios, creyendo así que no será castigado por sus pecados. Le aseguro que nunca encontrará la paz a lo largo de este camino».

El segundo peregrino estaba consumido por las preocupaciones y las dudas. El hombre cabal le preguntó: «¿Por qué parece usted tan triste y preocupado?» Respondió el peregrino: «Deseo desesperadamente encontrar la bendición y la paz del reino de los cielos, pero temo no poder encontrarlas». El hombre cabal le reprendió con acritud: «Es vergonzoso que usted pueda pensar así del poder creativo de Dios y de su amor. Esto es lo único que debería llenar

SEVA • SERVICIO

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, dice usted que la plegaria y la contemplación son convincentes. ¿Debemos pues abandonar las distracciones del mundo y vivir como un ermitaño?

SADHU: Es cierto que la plegaria es el medio por el cual tenemos la experiencia de la realidad de Dios. Pero una vez Dios ha devenido una realidad viva para nosotros, simplemente debemos amar a los hombres que nos siguen. No podemos hacer lo contrario. Una vez hemos recibido la nueva vida del Espíritu, empezamos a vivir en amor. Y viviendo en amor nos inclinamos gozosa y naturalmente a servir a los demás. Dios es amor y si nosotros vivimos en unión con Dios, tendremos la fuerza y el vivo deseo de amar a los otros. Servir es una actividad espiritual, el fruto natural del amor. Dios, que es el amor, está siempre sirviendo y cuidando de la creación. Los seres humanos están hechos para ser como Dios y por tanto tampoco deberían cansarse nunca de servir a los demás.

La plegaria sin esfuerzo es tan mala como trabajar sin orar. Una gallina clueca satisface su instinto sentándose en cualquier rincón oscuro, incluso después de que le hayan quitado sus huevos. Lo mismo ocurre con aquellos que se apartan de las tareas de vida y dedican todo su tiempo a la plegaria. Tal vida es tan inútil como la de la gallina que se sienta en un nido vacío.

Recordar que hay una gran diferencia entre aquellos que adoran a Dios sólo con sus labios y aquellos otros que le adoran con sus corazones y sus vidas. Todos, demasiado a menudo, rezan a Dios en nombre del Maestro cuando en realidad no le conocen. Toman el nombre de Dios en sus bocas y en sus labios pero no en sus corazones ni en sus vidas. El Maestro nos guía para reconocer aquello que glorificará a Dios y que beneficiará a los demás. Si nosotros vivimos en el Maestro y el Maestro vive en nosotros, nuestras plegarias sí darán fruto.

Había una vez un hombre servía a su rey con gran fidelidad y coraje, por lo cual gozaba de su favor. Pero el hijo de este hombre llevaba una vida egoísta y corrupta. Y así, cuando el hijo apareció ante el rey pidiéndole un favor en nom-

TAPAS • SUFRIMIENTO

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, habla usted mucho sobre la bendición de la vida espiritual, ¿pero por qué existe tanto dolor y sufrimiento en el mundo?

SADHU: Es difícil comprender el misterio del dolor y del sufrimiento en el mundo. En última instancia, la raíz del sufrimiento se halla en el pecado, en la separación de Dios. Incluso Dios usa del sufrimiento para llamarnos a la paz de su presencia. Si Dios no utilizase el dolor y el sufrimiento para nuestro bien, no permitiría que ambas cosas residieran en el mundo. El grano de trigo debe permanecer en el vientre de la tierra antes de ser sacado al aire libre por la luz y el calor del sol. Entonces crece como una planta sana y da fruto.

La lluvia y los vendavales entrañan destrucción, pero también limpian la tierra de pestes y enfermedades. Del mismo modo, el viento del Espíritu nos transmite su poder y en su fuerza nos trae la salud espiritual y la felicidad. Lo mismo que un terremoto puede abrir pozos de agua dulce al entrar en erupción en el desierto, haciendo que la tierra sea exuberante y fructífera, así el sufrimiento puede violentar nuestras vidas y hacer brotar de nuestros corazones manantiales de agua de vida. Entonces refrescantes corrientes de agradecimiento y gozo fluirán donde antes había lamentos y quejas.

Cuando una rama dulce es injertada en un árbol amargo, rama y árbol sienten el cuchillo y sufren. Pero sólo de esta forma el árbol amargo puede dar frutos dulces. El propio Dios sufrió dolor al introducir el bien en nuestra pecaminosa naturaleza. Vemos en esta acción el gran amor de Dios y a su vez cómo sufre fielmente las penas de este mundo, así como nosotros podemos ofrecer buenos frutos para siempre.

EL HOMBRE QUE BUSCA: ¿Así, pues, el sufrimiento es necesario para la vida espiritual?

SADHU: El orden divino se establece para nuestra salud espiritual y para nues-

EL REY Y EL GRANJERO

Érase una vez un rey justo y bueno que amaba a sus súbditos y deseaba hacer todo cuanto pudiese por ayudarles. Un día decidió viajar por el reino disfrazado de plebeyo para enterarse mejor de las dificultades y problemas de su pueblo. De este modo esperaba encontrar la forma de ayudarles.

En una de sus jornadas de viaje se encontró con un hombre mayor, cargado con un pesado fardo, conduciendo su buey a un campo. El corazón del rey se compadeció al ver semejante escena, así que se acercó al hombre y le dijo: «Hola, buen hombre. ¿Puedo ayudarle? Déme su bulto y se lo llevaré hasta el campo.» El anciano, asustado, le miró por encima de su carga. Se detuvo, soltó su carga en el suelo, exhaló un profundo suspiro y replicó: «Es usted muy amable, hijo, pero yo soy pobre y no tengo forma de pagarle su amabilidad.»

El rey, inmediatamente, le tranquilizó: «No se preocupe por eso, yo me sentiré ampliamente recompensado si puedo aliviar mi corazón de la pena que me causa ver su esfuerzo llevando tan pesada carga.» Y, dicho esto, tomó el saco, se lo echó al hombro y se puso a andar seguido del hombre y el buey. Cuando llegaron al campo, el anciano le dio las gracias efusivamente y le preguntó: «¿Cuál es su nombre, amable señor, y dónde vive usted?» El rey se sentó al lado del hombre, pero no le respondió. No estaba acostumbrado a trabajos tan pesados y se había quedado casi sin respiración. Después, tras un breve

AMRITA • ETERNIDAD

EL HOMBRE QUE BUSCA: Sadhu-ji, dice usted que un día cesarán todos los sufrimientos y que gozaremos eternamente en armonía con Dios. ¿Qué puede usted decirnos sobre nuestra morada eterna?

SADHU: Nunca estamos satisfechos mucho tiempo con una cosa. Siempre deseamos cambiar nuestro medio y circunstancias. Esta inquietud procede de nuestra profunda incapacidad interior, la cual impide que las cosas fugaces de este mundo puedan satisfacer nuestras almas ni puedan darnos un sentido de estabilidad e inamovible plenitud. Solamente cuando nos dirigimos al Maestro, nuestros deseos se transforman y, en perfecta paz, el don de no cansarnos de ellos nos revelará en sí mismo que el más profundo anhelo de nuestros corazones es, verdaderamente, sólo la búsqueda del alma.

Hay mucha gente que no es feliz, que se regocija con el pensamiento de entrar en el cielo después de la muerte, pues no comprenden que el cielo está aquí en la tierra. ¿Cómo podrían gozar estando en un lugar al cual no están acostumbrados? He visto a muchas personas, incluso entre los devotos, que no pueden vivir juntos, en armonía, durante su breve vida terrestre. ¿Cómo podrían vivir juntos durante toda la eternidad? Yo no creo en una religión que ofrece un cielo sólo para después de esta vida. Es verdad que nuestra morada no está aquí, que nuestra casa verdadera está en otra parte. Pero muchos de aquellos que esperan el cielo encontrarán el reino espiritual extraño y no de su entero agrado.

En el plano espiritual, el cielo y el infierno son dos opuestos estados de ser. Esos estados se desarrollan, ya en la tierra, dentro del corazón de cada persona. No podemos ver esos dos estados del alma, como tampoco podemos ver a la misma alma. Pero podemos experimentarlos tan claramente como sentimos el dolor físico o como saboreamos el delicioso sabor de una fruta dulce.

La herida causada por un golpe físico puede infectarse y empeorar hasta producir un dolor tremendo e incluso la muerte. Y nosotros sabemos que una fruta

ADVERTENCIA A LOS OCCIDENTALES

CRISTIANO: Sadhu-ji, usted tiene la experiencia personal de que Jesús es el Maestro que nos lleva a la paz interior y a la salvación. ¿Tenemos nosotros la obligación de llevar esta verdad a los distintos pueblos paganos?

SADHU: Debemos romper con la vieja costumbre de llamar «paganos» a aquellos que posean otra fe distinta a la nuestra. Los peores «paganos» están entre nosotros. Debemos amar como hermanos y hermanas a las personas que tengan otra fe, y a los que sean agnósticos o ateos. No necesitamos amar cualquier cosa que crean o hagan, sino simplemente amarles.

Incluso un idólatra que rinde culto a una piedra puede experimentar algo de la paz de Dios. Mas ello no significa que tal piedra posea un determinado poder, pero a algunos les sirve para concentrar su atención en Dios. Dios concede a todo el mundo la paz de acuerdo con su fe. El peligro, por supuesto, es que aquellos que le rinden culto no avancen espiritualmente y por tanto se sientan más atraídos hacia el objeto material del culto que hacia el Dios viviente y, en última instancia, se queden tan inanimados como la piedra que adoran. Semejante persona no será capaz de reconocer al autor de la vida, quien es el único que puede colmar el ansia de sus corazones.

CRISTIANO: Pero, ¿no estamos obligados a profesar nuestra fe y compartirla con los otros? Usted mismo admite que el Maestro envió misioneros a la India.

SADHU: Cuando en verdad encontramos al Maestro y experimentamos la liberación del pecado, un auténtico gozo nos empuja a compartirlo con los demás. No podemos permanecer silenciosos respecto a lo que Dios ha hecho sino que debemos ser testigos de ello. Cualquiera que haya experimentado la paz del Maestro —sea hombre o mujer, chico o chica, rico o pobre, labrador o granjero, escritor o sacerdote, juez u oficial, doctor o jurista, maestro o alumno, miembro del gobierno o misionero—, es solamente un seguidor del Maestro que dará extenso testimonio de la verdad. Pero por importante que

BUSCADOR Y MAESTRO

Una vez, hace mucho tiempo, había un hombre rico que disfrutaba de una vida llena de lujos. Pero, desgraciadamente, no tenía hijos. Acostumbraba a decirles a sus amigos y esposas: «Oh, rezad para que Dios tenga clemencia de mí y pueda concederme un hijo que sea el heredero de mis propiedades y conserve el nombre y el honor de mi familia». Después de algún tiempo, Dios escuchó su plegaria dándole un niño hermoso y sano.

Los padres trazaron muchos planes para el recién nacido. Su expectación y sus esperanzas no tenían límite. Cuando el niño cumplió seis años, su padre dispuso lo necesario para que tuviera la mejor educación posible, la cual se prolongó hasta los quince años. También fue formado en todas las destrezas y responsabilidades de la edad adulta.

A los dieciocho años, el muchacho se casó y la joven pareja comenzó a llevar una vida de familia ejemplar que fue la envidia de todos cuantos la conocían. Bendecidos con paz y abundancia, marido y mujer gozaban de todos los placeres del mundo y no conocían ni congojas ni preocupaciones. Pero algunos meses después de su matrimonio, los padres del joven, a los cuales amaba mucho, murieron de cólera. Mientras lloraba la pérdida de sus padres, unos ladrones entraron en la casa y se llevaron todo su dinero y cuantas cosas de valor encontraron, dejando a la pareja en la indigencia. La prosperidad hace

ORÍGENES Y CONTEXTO

Cuando Sundar Singh desapareció en el Himalaya, en 1929, el mundo lloró su muerte. Sus veintitrés años de peregrinaje como sadhu —un errante, penoso peregrinaje—, le habían llevado al menos a través de veintitrés países en cuatro continentes. Había influenciado profundamente a decenas de miles de personas. Realmente, en la primera mitad del pasado siglo, ningún otro maestro espiritual de Oriente fue tan conocido como Sundar.

Sundar Singh nació el 3 de septiembre de 1889 en Rampur, un pueblo de Punjab, y fue educado en la escuela cercana a la misión presbiteriana. Fue allí donde quemó su Biblia, el 16 de diciembre de 1904. Experimentó la conversión al año siguiente (tras lo cual su familia le expulsó de casa y le desheredó) y fue bautizado en la iglesia de Santo Tomás, en Simla, el 3 de septiembre de 1905. Treinta y tres días después, asumió el estilo de vida ascética propio del sadhu.

Su importancia real no se inscribe en fechas ni topónimos, sino más bien en la devoción y en el desinterés con los que difundió los Evangelios y en la sinceridad con la cual vivió cuanto había predicado. Un erudito alemán, Friedrich Heiler, una vez precisó: «En India, Sundar Singh es el discípulo de Cristo ideal: un predicador itinerante de pies descalzos que lleva un ardiente amor en su corazón. En él, el cristianismo y el hinduismo se encuentran y la fe cristiana avanza, no como algo foráneo, sino como una flor que florece en un tallo indio.»

BIBLIOGRAFÍA

The Christian Witness of Sadhu Sundar Singh: A Collection of his Writings, editada por T. Dayanandan Francis (CLS, Madrás, 1989). Una extensa colección de escritos de SUNDAR SINGH, entre los cuales aparecen algunos materiales inéditos y una extensa introducción biográfica. Sólo disponible en el editor: CLS, Post Box 501, Park Town, Madras 600003, India.

Sundar Singh: A Biography, A. J. Appasamy (Lutterworth, Londres, 1958). La definitiva biografía de SUNDAR SINGH, rica en detalles y escrita desde una perspectiva crítico-erudita. La edición india, en inglés, puede adquirirse en CLS en la dirección indicada más arriba.

Sadhu Sundar Singh: A Personal Memoir, C. F. Andrews (Hodder & Stoughton, Londres, 1934). Reflexiones por un íntimo amigo de SUNDAR SINGH.

The Gospel of Sadhu Sundar Singh, Friedrich Heiler (ISPCK, Delhi, 1996). Traducción inglesa del amplio estudio de Heiler, aparecido en Alemania en 1924. Heiler ofrece un fascinante estudio sobre la vida del Sadhu y sus enseñanzas y las analiza comparándolas con otros misticismos religiosos del Oriente y también con los de la tradición Cristiana.

Sadhu Sundar Singh, Phyllis Thompson (O.M. Publishing, Bromley, Reino Unido, 1992, ISBN: 1-85078-099-4). La más amplia biografía dada a la imprenta fuera de India. Incluye los detalles esenciales de su vida.